

## EL NUEVO LABORISMO DE BLAIR Y EL POPULISMO

**E**n el contexto presente de crisis económica y de crisis electoral de la socialdemocracia europea, desde las filas de este movimiento se ha proclamado de forma casi unánime la necesidad de alejarse de la “Tercera Vía”. El que tantos socialdemócratas proclamen esta necesidad imperativa se debe a que el proyecto modernizador de la socialdemocracia, iniciado por el antiguo primer ministro británico Tony Blair a mediados de la década de los noventa, ha quedado demasiado asociado al liberalismo económico y por tanto expuesto a una crítica incómoda. Si a esto se suma el fiasco de la intervención en Iraq, apoyada con entusiasmo por el premier británico, la renovación de la socialdemocracia presenta un semblante más bien oscuro, al que pocos desean ahora acercarse.

Pero si dejamos a un lado la cuestión de la política exterior dirigida bajo la rúbrica de la intervención humanitaria y nos limitamos a la cuestión de la política nacional, la defensa de la Tercera Vía no parece fácil y, desde luego, resulta incómoda. Así, cuando la izquierda populista culpa de los males presentes a los mercados, los socialdemócratas no están del lado de los que denuncian sino de los interpelados. Para el maniqueísmo izquierdista, la historia de la humanidad no es sino una guerra permanente entre explotadores y explotados, entre malos y entre buenos, donde a unos les corresponde la rectitud moral que prueba la perversidad de los otros, al

---

Ángel Rivero es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid.

margen de lo que haga cada cual. En suma, que en esta visión esquemática no cabe sino el pueblo entendido como una clase social adornada por las virtudes de la solidaridad y la generosidad, frente a los enemigos del pueblo, los codiciosos y egoístas que lo explotan.

Pues bien, hemos vuelto al punto, ya repetido varias veces en la historia, en que la socialdemocracia, para sus críticos de la izquierda revolucionaria, no es sino una forma sofisticada de lo que denominan la ideología hegemónica, esto es, la de los que explotan, de los malos, de los dominadores. Esa ideología recibe ahora el nombre de neoliberalismo. Obsérvese que para el izquierdismo de matriz marxista, ideología es el pensamiento justificador que acompaña la explotación capitalista de la humanidad. De modo que dicha palabra tiene un significado que va más allá del que nos es corriente y neutral de conjunto de ideas políticas para denotar y denunciar una herramienta auxiliar de la dominación. Hegemonía es otra palabra que reitera esta idea, pues si en griego *hegemon* es el que manda o domina, hegemonía no es sino la forma en la que se califican las ideas dominantes en una sociedad que son, como nos contaron Marx y Engels en *La ideología alemana*, las ideas de la clase dominante. Puesto que, nos dicen, vivimos en sociedades sujetas al gobierno de los mercados, la ideología congruente con esta situación será la dominante. De ahí esa maldad intrínseca de algo llamado neoliberalismo, que no necesita explicarse ni que nadie lo defienda porque no es otra cosa que la justificación de un orden social que se ha declarado a priori injusto. Así la socialdemocracia no sería para estos críticos populistas otra cosa que una de las plataformas electorales del malvado capitalismo financiero que, por su puesto, está detrás de todo.

Como la etiqueta que les ha sido arrojada coincide con una época de crisis, de estancamiento económico y de desempleo agobiante, ha hecho blanco en el corazón mismo de su discurso político. Les ha dolido, les duele y les seguirá doliendo. De hecho, una de las razones no menores de esta molestia es que a la socialdemocracia también le gusta contar la historia del mundo como la lucha de los buenos y los malos, pero claro, siempre que los buenos sean ellos y los malos los capitalistas. El problema de esta historia es que no hay sitio para más protagonistas. Por supuesto, todo esto no es ni verdad ni mentira sino que forma parte de la retórica de la política en la que el conflicto de intereses y las ambiciones de unos y otros se envuelven en palabras más o

menos abstractas pero con capacidad de movilizar sentimientos y votos que pueden dar lugar a importantes réditos políticos. Ahora bien, quien utiliza este lenguaje político debe saber a qué se expone. No es lo mismo utilizar el populismo de la lucha de clases cuando se tiene vocación de partido de oposición que cuando se quiere formar gobierno. En este último caso, dicho lenguaje no ayudará a alcanzar dicho fin en una sociedad desarrollada pero, pero si esto llegará a acontecer, le puede poner a uno en aprietos. Entonces, tendrá que hacer lo contrario de lo que predica y su acción de gobierno servirá de refutación de sus palabras. La coherencia aquí es importante porque se trata de que el discurso que se predica tenga algún viso de veracidad que predisponga positivamente al electorado. Hay sin embargo quien piensa que el discurso de oposición puede llevar muy lejos.

De hecho, en la heterodoxia del marxismo contemporáneo, si bien se afirma hasta la extenuación la hegemonía del neoliberalismo como reflejo de esa presunta explotación capitalista, también se cree como verdad meridiana que la hegemonía es un ideal: quien alcance a nombrar la realidad de forma congruente con los propios intereses y ambiciones, si consigue generalizar socialmente este discurso, alcanzará el éxito político. Esto significa que, al tiempo que se afirma la hegemonía del neoliberalismo como discurso de la dominación, se anuncia que ésta puede ser quebrada por un discurso alternativo cuyo efecto será finalmente transformar la sociedad.

Por ejemplo, se puede volver a utilizar el viejo relato maniqueo de los buenos y los malos, los pobres y los ricos, que no funciona bien en tiempos de bonanza pero sí en los de escasez. Ciertamente la situación es incómoda para los socialdemócratas europeos porque la etiqueta que les están colocando es justamente la que ellos utilizaban para calificar a sus adversarios liberales o conservadores. Esto es, una etiqueta esta de neoliberalismo bajo la cual habían ido atesorando toda una montaña de maldad humana. Que les haya llegado como un *boomerang* que sirve para darles caza les tiene perplejos.

Es por todo esto que la socialdemocracia, aparte de consolar la pérdida del poder político con la fábula de que la crisis es un torrente desatado que arrastra por los barrancos a todos los gobiernos, sin importar su color, hasta hundirlos en el mar, alimenta la idea de que habría que hacer algo en el terreno

ideológico. Por supuesto, lo más fácil es desprenderse del discurso modernizador de la socialdemocracia, que resulta tan expuesto en la presente coyuntura, y volver a la vieja receta del populismo que, en la oposición, resulta más fácil de sostener que cuando se está en el gobierno. Pero esta posición no está exenta de riesgos. El primero y más evidente es que el discurso populista, en una sociedad desarrollada socialmente, es un discurso de oposición. Esto es, es un discurso que tiene un recorrido muy limitado y que puede servir para un grupo sectario o un partido con vocación minoritaria, pero no es un discurso que se dirija ni a la totalidad de la sociedad, ni que la integre, ni que permita acción de gobierno coherente alguna. Parece que la socialdemocracia europea, y sus representantes españoles en particular, hubieran pensado que volver al populismo es una buena idea porque es un refugio confortable mientras dura la tormenta, desde el que uno se descarga de responsabilidad y espera a que cambie el ciclo electoral.

De hecho, una de las cosas más sorprendentes de la campaña para las elecciones legislativas españolas celebradas el 20 de noviembre de 2011 fue que el partido socialista (PSOE) se presentó con un discurso populista de ricos y pobres, donde atribuía al Partido Popular la condición de enemigo del pueblo y de tener un interés perverso y oculto dirigido a destruir el Estado del bienestar. Un Estado del bienestar que, además, se identificaba con el legado que los socialistas concedían al pueblo como realización de la justicia social. Al margen de la escandalosa patrimonialización de la obra colectiva del desarrollo del sistema de bienestar español, lo que resultaba paradójico era que quien así hablaba era un partido en el gobierno, cuyo candidato a presidente había formado parte del mismo hasta poco antes de celebrarse las elecciones y que decidió silenciar la acción política realizada para iniciar la tarea de oposición desde la retórica del populismo. Si esta premura por hablar un lenguaje de oposición tuvo un resultado relevante en el resultado electoral es algo interpretable, aunque el hundimiento sin precedentes del partido socialista parece que impone alguna reflexión sobre el particular.

Otro problema del populismo, aparte de que en las sociedades desarrolladas lleva directamente a la oposición, es que una vez que se adopta dicho discurso el partido se convierte en un partido de oposición. Esto es, puesto que el populismo es un discurso de oposición en las sociedades desarrolladas,

quien se lo apropia, si tenía vocación de gobierno, hace un mal negocio. Este mal negocio consiste en condenarse *sine die* a repetir el viejo y manido enfrentamiento de ricos y pobres, que para todo sirve, mientras se pierden una tras otra todas las elecciones. Ciertamente, diciendo esas cosas se recuperarán algunos de los votos que fueron a la izquierda radical, pero en modo alguno se abrirán las puertas que conducen al bloque central del electorado que es el que, en último término, permite que un partido alcance o no el gobierno.

Es por ello que si bien el populismo puede ser rentable para partidos de la izquierda autoritaria o, en otros contextos, de la derecha igualmente autoritaria, sin embargo es letal para los partidos democráticos que aspiran a alcanzar el gobierno.

Como también por ello que los socialistas españoles, antes de proclamar que abandonan el proyecto de modernización de la socialdemocracia europea, la Tercera Vía, debieran meditar sobre el valor de dicha experiencia. Ahora bien, para aprender de la experiencia ésta debe ser identificada y descrita de forma correcta. Cuando la Tercera Vía de Blair triunfó en las elecciones británicas del 1 de mayo de 1997, alcanzando el mejor resultado de la historia del partido, los socialdemócratas de medio mundo adoptaron por emulación sus consignas y sus referentes, intentando vestirse con los ropajes del éxito ajeno. Que además incorporaran seriamente sus ideas y sus propuestas de reforma de la vieja izquierda resulta más que dudoso.

Porque la lección más importante que puede extraerse de la experiencia británica de modernización de la socialdemocracia es que la oposición puede ser un tiempo de irresponsabilidad política, pero también puede dar lugar a un ayuno reflexivo de poder mediante el cual prepararse para el futuro. Esto es, que la Tercera Vía de Blair no encuentra tanto su explicación en la mejora del *marketing* político como en la larga y dura experiencia de dieciocho años seguidos en la oposición. Es esta experiencia la que impele a Blair a abandonar la pureza doctrinaria que tercamente aboca a la oposición para intentar transformar el partido en algo distinto que hable una lengua nueva, esto es, un nuevo laborismo para un nuevo Reino Unido. De modo que, en contra de lo que se suele afirmar, la revolución de Blair comenzó en el campo de las ideas.

Como ha señalado el propio Blair, la Tercera Vía fue el resultado de su convicción de que la política necesita de ideas, pues sin valores y objetivos los gobiernos van a la deriva “por grande que sea la mayoría que les apoye”<sup>1</sup>. Los valores que encarnaba este proyecto, en palabras del exmandatario británico, eran los que guiaron la política *progresista* durante más de un siglo: democracia, libertad, justicia, compromiso mutuo e internacionalismo. Valores, como se ve, suficientemente abstractos como para poder ser defendidos casi en su totalidad por cualquier demócrata. Es importante, no obstante, que la etiqueta más general que enmarca el proyecto de Blair es la de progresismo y con ello denota una orientación general que valora de forma positiva el cambio social. Lo contrario de progresista es conservador, y es sobre este binomio sobre el que intentará articular el nuevo discurso político del Partido Laborista.

Sin embargo, era también una *tercera vía* porque buscaba trascender dos extremos igualmente definidos en términos negativos: “la vieja izquierda preocupada por el control del Estado, los impuestos elevados y los intereses de los productores; y una nueva derecha que considera la inversión pública (...) y el concepto de sociedad y de esfuerzo colectivo como males que hay que superar”<sup>2</sup>. En otras palabras, la Tercera Vía buscaba superar por una parte el socialismo obrerista del viejo laborismo y, por otra, el programa político de la nueva derecha desplegado por la primera ministra conservadora Margaret Thatcher y continuado por John Major. Como señaló con énfasis Tony Blair, el Nuevo Laborismo quería ser el movimiento que gobernara un *nuevo* Reino Unido. Esto es, se trataría de gobernar el Reino Unido creado por Thatcher y no el Reino Unido de la revolución industrial con sus masas obreras y sus capitalistas amparados por el viejo *establishment*.

Ciertamente aunque éste era su propósito declarado, no todos lo han visto así. De acuerdo con el idiosincrásico filósofo político John Gray, la Tercera Vía, en su versión británica, no era sino un instrumento de *marketing* político: “la Tercera Vía tiene su origen en la práctica de la triangulación realizada por Bill Clinton –una táctica inventada a mediados de los años noventa por su ase-

---

<sup>1</sup> **Tony Blair**, *La tercera vía*, Prólogo de José Borrell y presentación de Victoria Camps, Madrid, El País-Aguilar, 1998, p.53.

<sup>2</sup> *Ibid.* 54.

sor Dick Morris, que consistía en que Clinton adoptaba la posición más pragmática entre los dos partidos del Congreso”<sup>3</sup>. Esto es, la Tercera Vía, un término que rescató para el progresismo el presidente Bill Clinton, servía como instrumento retórico mediante el que alcanzar una posición vencedora señalando como indeseables dos posiciones enfrentadas. A Clinton el artificio le sirvió para afirmar su presidencia frente a republicanos y demócratas. El que, habiendo sufrido un proceso de *impeachment* vinculado a un escándalo sexual, se retirara con un 60% de apoyo del pueblo norteamericano dice algo sobre Clinton y sobre la triangulación.

Ahora bien, Gray apunta a algo importante cuando se refiere a las consecuencias de utilizar dicho procedimiento no para fijar la posición del Ejecutivo sino para reformar el propio partido. Al utilizar la triangulación clintoniana, nos dice Gray, Blair habría atacado tanto a su partido como a los conservadores, pues si uno opta por una tercera vía está rechazando simultáneamente y por igual las dos alternativas descartadas. En su lectura, esto significa rechazar igualmente el viejo laborismo y la nueva derecha. Ciertamente, la vinculación de Blair con el viejo laborismo parece difícil de explicar. Sus héroes políticos forman parte de la tradición liberal, su identificación con la cultura obrera británica es sencillamente nula, sus aspiraciones, como él mismo ha señalado reiteradamente, eran las de la clase media en busca del ascenso social. Sin duda, esta desvinculación con las raíces de su propio partido explican su capacidad reformadora y su nula nostalgia por los mitos de la arcadía perdida del laborismo.

De hecho, Blair no ha escondido nunca este desapego respecto a su propio partido. En su libro-manifiesto *La Tercera Vía* dice que ésta se nutre “de la unión de dos grandes corrientes de pensamiento de centro-izquierda –socialismo democrático y liberalismo– cuyo divorcio en este siglo debilitó tanto la política progresista en todo Occidente”<sup>4</sup>. Detrás de estas líneas se hace una afirmación de profundo calado, pues lo que ocurrió a principios del siglo XX, de hecho en el año 1901, es que se fundó el Partido Laborista sobre la

<sup>3</sup> John Gray, *Black Mass. Apocalyptic Religion and the Death of Utopia*, Londres, Penguin, 2008, p. 133.

<sup>4</sup> Blair, *op. cit.*, p.55.

base de los sindicatos que hasta ese momento concedían su apoyo al Partido Liberal. En otras palabras, que el divorcio que debilitó durante un siglo al progresismo en el Reino Unido y en todo Occidente fue la separación entre socialismo democrático y liberalismo efectuada con la fundación de su propio partido. De modo que Gray tiene su parte de razón: Blair buscaba enmendar el error de crear un partido obrerista escasamente o nada liberal.

Ahora bien, el ataque de Gray va más lejos, pues la sección que dedica a la crítica de Blair lleva el significativo título de “Un neoconservador americano en el 10 de Downing Street” y en ella se describe el mundo político británico contemporáneo como el resultado de dos grandes destrucciones que parece lamentar: la del Partido Conservador, por el neoliberalismo de Margaret Thatcher; y la del Partido Laborista, por lo que denomina el neoconservadurismo de Tony Blair. En su argumento, Thatcher habría quebrado el viejo laborismo al derrotar a los sindicatos en la famosa huelga minera, pero, al hacerlo, habría destruido la razón de ser del viejo conservadurismo. En su lectura, la victoria inapelable de la *premier* británica habría hecho desaparecer casi por completo al socialismo, pero junto con él se habría eliminado la razón de ser del conservadurismo, que no era otra que actuar como freno del mismo. En buena lógica conservadora, el partido del *establishment* no tendría una ideología, sino la afirmación escéptica de que lo existente tiene a su favor la experiencia frente a la promesa incierta del cambio social. De modo que, derrotado el viejo enemigo, habría caído con él el arma que lo combatía abriendo paso al neoliberalismo como ideología sustitutoria dentro de las líneas conservadoras.

Blair, por su parte, habría aceptado el nuevo Reino Unido creado por Thatcher, y con ella su neoliberalismo. Sin embargo, en su visión, la extensión del mercado como principal institución social habría dañado de tal manera la cohesión social que se hacía necesaria una reacción protectora desde el Estado. Gray nos dice que Blair “era un neoliberal por defecto y un neoconservador por convicción”<sup>5</sup>.

De hecho puntualiza que los neoconservadores se diferencian de los neoliberales en dos puntos cruciales: “al contrario que los neoliberales, los

<sup>5</sup> Gray, *op. cit.* p. 134.



neoconservadores no quieren regresar a una época imaginaria de mínimo gobierno, pues perciben que los efectos sociales de los mercados libres no son siempre benignos y buscan que el Gobierno promueva las virtudes que el mercado libre ignora<sup>6</sup>. Es por ello, nos dice Gray, que Blair ha sido siempre un partidario de la ley el orden. Para él “el Gobierno debe promover la vida buena, lo que implica aceptar la necesidad de la disciplina y el castigo. También significa promover la religión. A diferencia de los neo-liberales, que suelen tener una perspectiva laica, los neoconservadores ven la religión como una fuente esencial de cohesión social”<sup>7</sup>.

Por último, Gray puntualiza que Blair no es un conservador porque carece del ingrediente esencial: el escepticismo ante el progreso. Así pues, para Gray, Blair no es sino un sujeto mesiánico cuyo legado político no habría sido otro que la consolidación del Reino Unido thatcherista en política interior y una política exterior en la que la guerra se justificaba en nombre de la intervención humanitaria.

Ciertamente, la lectura de Gray es incisiva pero parcial y hace que su juicio dependa más de la conceptualización que de la experiencia. De hecho, su opinión sobre Blair no es convincente porque es contradictoria. No puede ser que Blair no tenga ideología, que su proyecto sea resultado del pragmatismo y la triangulación y que sea, al mismo tiempo, un sujeto mesiánico llevado por sus creencias hasta extremos inhumanos. En cualquier caso, el diagnóstico de Gray sobre Blair es interesante e iluminador en dos sentidos: la reforma de la socialdemocracia británica llevada a cabo por Blair tuvo un indudable éxito electoral y, en ese sentido, fue buen *marketing* político; el discurso político de Blair no puede reducirse al viejo dogmatismo de la izquierda, sino que tiene unos tonos propios sin duda muy alejados del populismo de clase de un partido obrero.

De hecho, el mismo Blair, en su ya citado manifiesto *La tercera vía*, nos daba algunas pistas relevantes sobre su orientación ideológica. Nos decía, por ejemplo, que la Tercera Vía no distinguía entre izquierda y derecha sino que

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.* p. 135.

“se ocupa de los valores tradicionales de un mundo que ha cambiado”. Realmente resulta sorprendente esta apelación a los valores tradicionales. Continuaba afirmando que el nutriente de la Tercera Vía es el liberalismo y el socialismo democrático, pero con ello afirmaba algo peculiar. El liberalismo encarna el principio de la libertad individual; el socialismo democrático añade el complemento indispensable de la comunidad y su valor. Dicho en sus palabras: “los liberales pusieron énfasis en la defensa de la primacía de la libertad individual en una economía de mercado; los socialdemócratas promovieron la justicia social con el Estado como su principal agente. No tiene por qué haber un conflicto entre ambas corrientes”<sup>8</sup>. Pero además añadía que la Tercera Vía no opera sólo entre el viejo socialismo y el neoliberalismo, sino también dentro de la izquierda: entre la izquierda fundamentalista del Estado y las nacionalizaciones, y una izquierda pragmática, revisionista, pero sin ideas. En suma, que contrariamente a lo que denuncian sus críticos, su Nuevo Laborismo tenía sustancia ideológica.

Es importante que quede claro que los partidos socialdemócratas habían guardado en un cajón sus ideales de una sociedad sin clase para practicar una política en el mejor de los casos pragmática. Blair quiere romper con esto deshaciéndose de las reliquias decimonónicas del partido, su ideología, y haciendo una política con ideas.

Es por ello que bajo la apariencia de indefinición ideológica lo que se adivina en Blair no es mero oportunismo, sino más bien lo contrario: unas fuertes convicciones personales que quiere que su partido haga suyas. De hecho, Blair pronunció en 1993 un discurso, cuando aún no era siquiera candidato a primer ministro por su partido, que señala cómo esas ideas eran resultado de un largo proceso de maduración y de una fuerte convicción personal:

“El problema histórico del viejo socialismo era su tendencia a subsumir todo, el individuo, los derechos y las obligaciones, bajo la idea de *bien público*, que en su peor manifestación significaba simplemente el Estado. El problema de la derecha gobernante es su creencia de que la ausencia de comunidad significa la presencia de

---

<sup>8</sup> Blair, *op. cit.* p. 55-56.

la libertad. Nuestra tarea es rescatar la noción de comunidad de una visión estrecha del Estado y ponerla de nuevo a nuestro servicio. Hace falta desde hace mucho tiempo una nueva comunidad con un concepto moderno de ciudadanía”<sup>9</sup>

Ciertamente el mensaje de que la renovación de la socialdemocracia habría de consistir en un socialismo democrático y pragmático, reconciliado con el liberalismo, que además recuperaba los valores tradicionales y unía la defensa de la libertad individual a la comunidad como proyecto cooperativo, no debió sentar muy bien en muchos partidos socialistas europeos en los que la vieja idea de un Estado omnipotente realizando la justicia social se guardaba como una alhaja que habría de lucirse tras años de acomodamiento pragmático a las exigencias del día. Si entonces la socialdemocracia europea veía en el proyecto de Blair una manifestación más del esnobismo compulsivo de los británicos, hoy día, en la hora de la derrota, puede parecer un capricho muy caro. El liberalismo, en este discurso populista que ha llegado con la crisis, ya no es el faro hacia el que orientar la reforma del partido sino, nuevamente, el culpable de todos los males.

Sin embargo, si el propio Partido Socialista Obrero Español (PSOE) siente tras las elecciones del 20 de noviembre el apremio por explicar cuáles son sus ideas, ello se debe simplemente a que no realizó esa necesaria renovación. Incapaz de conciliar la vieja fe populista con su práctica de gobierno, cuando la crisis ya no se podía esconder por más tiempo, pues la bancarrota y la intervención llamaban literalmente a Moncloa, haría bien en atender al ejemplo británico y aprender en la experiencia de otros.

Ciertamente, resulta interesante saber por qué los socialistas españoles no hicieron nada para renovar su proyecto político. Desde luego, se puede aducir que esas urgencias sólo se sienten de verdad en la oposición. Pero lo interesante es que los socialistas españoles estaban en la oposición cuando el proyecto de la Tercera Vía alcanzó el éxito electoral y convirtió a Tony Blair en primer ministro del Reino Unido, después de cuatro derrotas consecutivas de los laboristas con distintos líderes. En efecto, en 1996, Felipe González era derrotado por José María Aznar después de catorce años de Gobierno ininterrumpido del Partido Socialista Obrero Es-

<sup>9</sup> Tony Blair, *A Journey*, Londres, Hutchinson, 2010, p.57.

pañol. Puesto que el paso por la oposición sólo duró dos legislaturas, el esfuerzo de la refundación pudo parecer innecesario.

Algunas de las explicaciones de este alcance limitado del proyecto de modernización de la socialdemocracia, más allá del impacto superficial de la moda en el tiempo de su éxito, apuntan a que el proyecto de Blair de una transformación radical del Partido Laborista era profundamente singular. Esto es, no es nada normal que alguien tenga como propósito no la renovación, sino la recreación del propio partido político y se corone con el doble éxito de cambiar los estatutos del mismo y alcanzar el gobierno. Porque ha de quedar claro que Blair no buscaba realizar meramente un programa electoral, sino que perseguía el cambio total de su partido. Prueba de ello, si aún hicieran falta más, es que desde 1992 concibió la idea de modificar la Cláusula IV de los estatutos del Partido Laborista, en la que se señalaban los objetivos del partido. En particular, Blair hizo todo lo posible hasta lograr modificar el punto 4, en el que se defendía “la propiedad colectiva de los medios de producción, distribución, e intercambio” así como “un sistema popular de administración y control de todas las industrias y servicios”.

Para Blair, esta cláusula y, en especial, su punto 4, eran la herencia legada de un mundo desvanecido que el Partido Laborista debía dejar atrás. De hecho, el texto había sido redactado en 1917 por Sidney Webb, y su lenguaje resultaba del intento del partido por sustraerse a la atracción bolchevique, que entonces ejercía su imán sobre los partidos obreros europeos.

Para Blair, la cláusula IV era el mantra, el ídolo, que se repetía y adoraba tras cada derrota, una y otra vez, en búsqueda de una pureza que purgara la condena del electorado y el desastre electoral. Por ello, el empeño en su modificación se convirtió en algo mucho más importante que una mera contienda simbólica: su eliminación era el acto iconoclasta necesario que permitiría la reforma. Como ha escrito el propio Blair, “los partidos progresistas están siempre enamorados de sus propios impulsos emocionales”. Saben que el electorado no participa de esos sentimientos, pero albergan la convicción de que llegará un día en que sean iluminados y comulguen con sus creencias. Pero Blair nos dice que eso no pasará jamás.

Añade con franqueza que “el impulso más básico es creer que si el poder cae en sus manos, lo utilizarán para beneficio del pueblo; y cuanto más poder, más beneficio. De ahí su afinidad con el Estado y con el sector público”<sup>10</sup>. Pero esto, como nos dice él mismo, es falso por dos razones muy evidentes. La primera es que el Estado y el sector público pueden convertirse en intereses creados que pueden estar en contradicción con el interés público; y, en segundo lugar, que en una sociedad avanzada, la gente prefiere tomar sus propias decisiones y no que el Estado defina cuáles son sus necesidades.

Para Blair, el viejo laborismo era el partido de los pobres, de los marginales, de los sindicalistas, un partido que, por tanto, jamás ganaría unas elecciones en una sociedad moderna avanzada. La explicación de cómo se había llegado a ese callejón sin salida es sencilla: las políticas progresistas habían tenido como efecto transformar la sociedad, de modo que su base social, en su movilidad, se había evaporado. Pero esto no debía ser visto como un desenlace desafortunado: la desaparición de la masa obrera que apoyaba al viejo partido es resultado del *progreso*. No es por tanto algo que deba dar lugar a la nostalgia ni a la repetición de los viejos dogmas, sino que debe ser celebrado como avance social. De modo que, para hacer del partido un instrumento congruente con la sociedad en la que operaba, era necesario “crear un núcleo de ideas, actitudes y políticas, sólido, sostenible y fuerte; un rompeolas que frente a las sacudidas del mar fuera inexpugnable, que reuniera a los amigos y repeliera a los enemigos”<sup>11</sup>. Algo, en suma, completamente distinto del viejo laborismo, que Blair había definido como “un partido de protesta, pero no de gobierno”<sup>12</sup>.

Así pues, la Tercera Vía se lanzó con ahínco al desarrollo de ese núcleo de ideas que abrieran un partido fuertemente reformado, el Nuevo Laborismo, con mayúsculas en sus dos palabras, a un público mayoritario cuyas expectativas estaban vinculadas al progreso social y que esperaban ser tratados como ciudadanos y no como perceptores de subsidios. De ahí todo el pensamiento político diseñado por el Nuevo Laborismo, en versiones más sen-

<sup>10</sup> *Ibid.* p. 77.

<sup>11</sup> *Ibid.* p. 83.

<sup>12</sup> *Ibid.* p. 84.

cillas para el partido y el público británico, y en versiones más sofisticadas intelectualmente de la mano de Anthony Giddens y de otros prominentes académicos de la London School of Economics and Political Science (LSE). El propósito era mutar una opción anticuada y rigurosamente minoritaria por una base de apoyo social amplia que, además, alcanzara un impacto cierto entre las élites intelectuales del país arrebatando su hegemonía a los académicos de la vieja izquierda. Que el proyecto se saldara con la permanencia de los laboristas cuatro legislaturas consecutivas en el poder, señala un éxito no desdeñable y una experiencia en la que otros debieran mirarse. Sobre todo, como puede suceder, si la recuperación del gobierno se demora en el tiempo.

Si uno revisa la edición española del libro-manifiesto de Blair titulado *La tercera vía*, al que me he referido aquí varias veces, y que fue publicado en España en 1998, encontrará un prólogo del entonces secretario general del PSOE, José Borrell, en el que a través de un diálogo imaginario con Tony Blair, en el que se intenta mostrar una artificial proximidad, se rechaza la pertinencia de una tercera vía, esto es, un camino alternativo entre la vieja izquierda (el socialismo) y la nueva derecha (el neoliberalismo) en España. Resulta interesante que Borrell parece o no entender o confundir deliberadamente los extremos entre los que traza su tercera vía Blair. Como señalé antes, la Tercera Vía transcurre entre un proyecto socialista que está sencillamente muerto y ha sido reiteradamente derrotado en las elecciones. Pero tiene como contendiente al enemigo muy real y vivo de la nueva derecha neoliberal de Margaret Thatcher. Pero la Tercera Vía discurre, también, entre una izquierda anticuada y dogmática, que habla de una sociedad decimonónica, y una izquierda oportunista, pragmática, pero sin ideas. Ciertamente, el proyecto político de Aznar poco tenía que ver con el de Margaret Thatcher, pero el mensaje de renovación interna del Partido Laborista ajustaba como un guante a los socialistas españoles.

Quizá en las presentes condiciones el mensaje de Blair tenga una nueva actualidad en España. Pues lo que señalaba era que si su partido naufragaba electoralmente era sencillamente por no tener las ideas con las que derrotar a su adversario. Por supuesto que Blair también contempla la idea de que los laboristas, como en el pasado, pudieran alcanzar el gobierno por un desplome de los conservadores pero, si lo que de verdad desean es ser una opción triunfadora de gobierno, entonces es necesario tener de verdad ideas adecuadas a

la realidad social del Reino Unido. Como apunta en su autobiografía, los británicos no votaban a Thatcher porque el programa del Partido Laborista no era suficientemente de izquierdas. Todo lo contrario, votaban a Thatcher porque no les gustaba el discurso anacrónico y obrerista del Partido Laborista.

Borrell altera sensiblemente la disyuntiva sobre la que se construye la Tercera Vía y señala que ésta transcurre entre el Gobierno del viejo laborismo y el Gobierno de la nueva derecha. Esto es, entre el estatismo nacionalizador del partido obrero y el neoliberalismo radical de la nueva derecha. Pero Blair no dice eso. Dice que el Partido Laborista debe dejar de ser un partido de oposición y para ello necesita de ideas nuevas que alcancen un apoyo mayoritario frente a la hegemonía conservadora británica. Esta caracterización le da pie a Borrell para afirmar que eso no se ajustaba aquí, porque en España ser socialista es ser liberal y porque aquí no gobernaba la nueva derecha sino otra más sombría y autoritaria. Evidentemente, ambas cosas son como mínimo discutibles. Además, remacha, en España siempre ha gobernado la derecha porque el partido socialista, siendo viejo por centenario, es joven en el gobierno, pues “sólo” lo tuvo durante catorce años seguidos. En suma, que la necesidad de renovación no se siente por ninguna parte.

Desde luego, Borrell tiene implícitamente razón en algo: la Tercera Vía es la respuesta de un partido que quiere ser de gobierno y que está condenado por su discurso, populista de oposición, a no poder serlo. Los socialistas españoles, por el contrario, habían estado en el gobierno casi tanto tiempo seguido como los conservadores británicos, así que quien necesitaría un discurso modernizador sería más bien el partido en la oposición. De cualquier modo, las dos legislaturas de oposición del partido socialista no se vieron acompañadas de una regeneración parecida a la de la Tercera Vía británica y la *nueva vía* de Rodríguez Zapatero, aunque desembocó como la británica en el gobierno, no ha resultado comparable en ningún otro sentido. Es más, resulta altamente discutible que Zapatero alcanzara por primera vez el gobierno como resultado de su regeneración del partido o por el desarrollo de un proyecto político intelectualmente serio.

Por tanto, la lección que me parece aún valiosa para la socialdemocracia europea, pero también para cualquier partido con aspiración de gobierno, es

que la Tercera Vía surge de la ambición legítima de Blair por alcanzar el gobierno, pero que, para coronarla, se embarca en la reforma profunda y meditada de un partido entonces condenado sistemáticamente a la oposición. El mérito de Blair es señalar que no es el populismo de la protesta el que hará cambiar este maleficio, sino que propone encontrar una manera de articular los propios valores, sin renunciar a ellos, de forma novedosa, y que entronque con la aspiración mayoritaria de la sociedad. Es por ello que, aunque Gray resulta bastante persuasivo en su manejo de las etiquetas políticas con las que califica a Blair, y aunque lo hace con un estilo más sutil que el que le dedican los críticos de su propio partido, pierde de vista la clave esencial de la perspectiva reformadora de Blair. Es la experiencia de la derrota de su partido y de sus ideas la que exige una renovación. El valor de Blair radica en convertir la adversidad en un desafío que obliga dejar atrás los dogmas y realizar una nueva política de ideas. Esto es, el mérito de Blair es que abandona los falsos ídolos del populismo, y dejando atrás las viejas certidumbres, transforma su partido en un proyecto mayoritario e integrador. Ojalá que este mensaje no esté tan periclitado como los dogmas de la vieja izquierda que denunciaba el antiguo primer ministro británico.

### PALABRAS CLAVE

Tercera Vía • Nuevo Laborismo • Populismo • Modernización • Socialdemocracia  
• Tony Blair

### RESUMEN

Este artículo explica por qué en un contexto de crisis económica los partidos socialdemócratas europeos intentan desprenderse de la Tercera Vía y abrazar un discurso populista. Pero además llama la atención sobre la lección que aprendió Blair de la experiencia en la oposición del Partido Laborista británico: un discurso de oposición sirve para estar en la oposición no para alcanzar el gobierno. Desde esta perspectiva, la Tercera Vía resulta una posición más sólida que debe ser tomada en cuenta si se aspira a contar con el apoyo del bloque central del electorado.

### ABSTRACT

*This article explains why social democratic parties under the economic predicament in Europe are eager to drop the Third Way and to recover a populist stance. But it also points to the lesson that Blair learned experiencing opposition with the Labour Party: a discourse of opposition serves to stay in opposition and not to reach government. From this outlook, the Third Way can be seen as something valuable in order to get the support of the majority.*